

BINGO



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

¡BINGO!, ¡BINGO!,

Vida y milagros de una versión moderna de la vieja lotería casera con vibración de Rock and Roll, que enardece multitudes en La Habana como la música de Elvis Presley.

por CARLOS M. CASTAÑEDA
Con la Cámara de BARCALA



—¡BINGO!, ¡Bingo!, ¡Bingo!
Prorrumpía victoriosa una muchacha, —voz inflamada, rostro enrojecido, expresión convulsa— que aparentaba estar bajo el vértigo de la epilepsia. A la par que la vencedora enardecida, exhibiendo orgullosa su tablero naranja, se abría paso hasta un estrado próximo, un murmullo absurdo emergía súbito para ahogar el chillido estentóreo y aflojar la tensión de la hora.

Todo había concluído.
Minutos antes, aún vivas las esperanzas colectivas, el cabaret re-

pleto sufría en nervios y en sudores un silencio denso, abrumador, irresistible. Toda una muchedumbre taquicárdica, —señoras de atavíos elegantes sentadas en quicios empolvados, caballeros sobrios recostados a tapetes en receso, niños inquietos tirando del sayal materno, músicos sin partitura ni instrumentos, sirvientes olvidadizos de sus deberes— mantenían sus ojos y sus sesos en un cartón embrujado. Sólo se oía y se atendía el pregón altisonante y monótono del locutor:

—¡Ahí viene la bola!... N cuarenta y tres; En forty-three... B

Apenas llegado a La Habana horas antes, aun con la bufanda a cuadros pendiente del cuello y las orejas enrojecidas por la helada neoyorquina, el turista se dedica a estudiar cuidadosamente sus cartones de Bingo en su primera noche habanera. Aparentemente fascinado, el visitante no encuentra en el cabaret más atracción que esta versión moderna de la tradicional lotería casera con vértigo de "rock and roll".



¡Hasta en la cocina se juega al Bingo! Contagiados con la demencia colectiva, los cocineros comparten sus trajines junto al asador con las emociones del Bingo. "Es la única manera que tengo de irme algún día para casa en un "cola de pato" y de la sorpresa a Carmen". —comenta esperanzado el cocinero Egorúev, —de la sorpresa a Carmen". —comenta el fogón y los rugidos histéricos del locutor.

A esta brigada de jóvenes, no importan los inconvenientes de la aglomeración. Identificados en la preocupación de su cartón, no tienen a menos sentarse en un estrado polvoriento. Van todas las noches al cabaret con la misma ilusión: llevarse los cuatro mil pesos del "jackpot" por los dos pesos del tablero de Bingo.



¡BINGO!

En qué consiste el Bingo

EL Bingo es una lotería casera que se juega con un cartón de ocho pulgadas cuadradas, rematado con un vistoso cuero de color.

El cartón de Bingo, consta de 25 casillas que caen verticalmente bajo cada una de las cinco letras de que consta el nombre del pasatiempo. Siempre hay una casilla nula, que deja el tablero con 24 números.

El primer juego es a cartón completo y tiene un premio de \$500 cuando se logra cubrir el tablero en las primeras 55 bolas. A partir de esa bola el premio es de \$200.

Los juegos segundo, tercero, cuarto y quinto, se conocen como Bingo simple, en que se logra la victoria cubriendo cinco casillas ya sea vertical, horizontal o diametralmente.

El sexto juego es también a cartón completo. A partir de la bola 45 a la 50 se participa del premio de los automóviles, en que están en juego seis flamantes modelos de 1957. De la bola 51 a 55 está en juego el "jackpot" de \$1,000 a \$4,000 de acuerdo con el montante acumulado. A partir de esa bola el Bingo tiene un premio de \$500.

once; **BI eleven...** Van cuarenta y ocho bolas... ¡Pasó el Buick y no se detuvo!... Nada sucede...

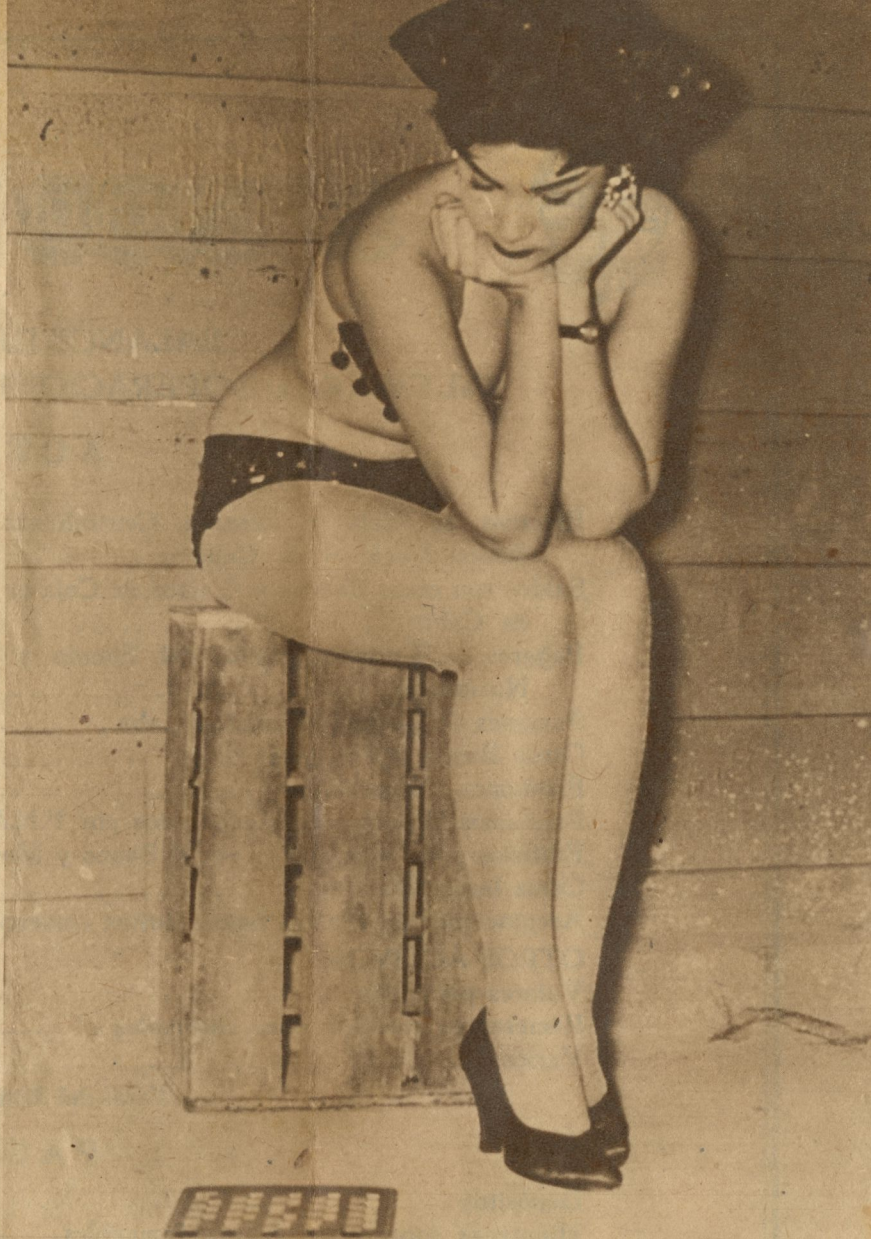
A poco volvía a conturbarse el casino con el alarido histérico:

—¡Bingo!, ¡Bingo!, ¡Bingo!...
Pero, ¿qué es el Bingo?
Sacado de la tranquilidad hoga-

reña, el Bincó es una versión de salón de la lotería casera con vértigo de rock and roll. No es un pasatiempo pernicioso, sino un entretenimiento sin lucro ideado por tahures profesionales en Norteamérica con un solo interés: reunir
(Continúa en la Pág. 118)



Sumida en las emociones del Bingo, la concurrencia prefiere el canto monótono de las bolas a las suaves cadencias del son criollo. Obedientes, los tambores observan silencio discreto mientras los músicos desdoblaron los catrones y participan en las actividades del pasatiempo favorito.



Ella, escultural y tentadora, presta a exhibir sus encantos en escena, prefiere por cábala poner su cartón en el suelo, mientras escucha desde los camerinos el pregón epiléptico de las bolas del Bingo. Ni la usanza supersticiosa logra mejorar su suerte, pues la chiquilla es bien desafortunada en el juego...

Aislado, en mesa aparte, René Cabell amtraído por el pregón monótono vive en toda su intensidad enfermiza y en toda su intensidad fascinante la histeria del Bingo. Inconsciente revela su practicismo, con sus cuatro tablerillos, dispuesto a un ensayo cierto.



La presencia del Bingo democratiza el ambiente discriminador del cabaret criollo, pero apunta como tentación irrefrenable hacia el bolsillo pobre. Confundidos por singular fenómeno igualitario, el caballero atildado distrae sus ocios fríamente en los cartones y en las ruletas, mientras el hombre de pueblo atraído con toda su ingenuidad por la magia del pasatiempo, concluye sin ilusiones y sin reales, trastornado por el frenesí que inspira a los humildes el verdor de los tapetes.

¡Esa es la bondad y la maldad del Bingo!

Visto como modalidad de salón, el Bingo es un entretenimiento sin artificios ni reservas. Juego de azar, está sometido a los caprichos y a la suerte, pero también a los cálculos de probabilidades: lograr los flamante automóviles o el codiciado jackpot, requiere la hazaña matemática de acertar aproximadamente una de cada dos bolas cantadas.

—Todo está en manos de la fortuna... Diariamente se conceden \$1,100 en premios más \$132 en seis billetes enteros de lotería. Nadie ha logrado aún ganarse ninguno de los seis automóviles, no por imposible sino por difícil. Sin embargo, hay cabaret que lleva repartidos \$43,000 en una veintena de jackpots desde que comenzó.

Ahora que el Bingo ofrece síntomas de demencia colectiva, es, a más de atracción de salón, negocio sin pérdidas. Investigaciones realizadas por el reportero demuestran que los concesionarios del pasatiempo, —Sans Souci, Montmartre y Tropicana— entre otros logran afrontar los gastos con una venta promedio que sobrepasa los 650 cartones diarios, llegándose a cifras próximas al millar en viernes, sábados y domingos.

Enfrentarse de pronto con el fenómeno del Bingo sacude el espíritu. Confieso que contemplando el salón repleto en noche sabatina, ojos y sesos en el cartón mágico, quedé boquiabierto, como un tonto, y como sin sangre en las venas. A poco, despojado de escrúpulos éticos, conmovido por la tensión silenciosa y animado por los chillidos altisonantes, me entusiasmé por el Bingo. Compré pronto un tablero agujereado y participé de la histeria en toda su intensidad enfermiza y en toda su emotividad fascinante.

Comprendí como el Bingo atrae, excita, arrebatada multitudes.

—No se trata sólo de un éxito habanero, —cuenta a BOHEMIA un celebrísimo profesional del tapete mientras absorbía candorosamente una naranjada helada— sino una manifestación común en todas las latitudes. El Bingo, por lo simple y por lo divertido es un pasatiempo que llega a influenciar el ánimo.

González Jerez, que trasplantó a manera de ensayo esta versión norteamericana de la lotería casera, expone su experiencia primera:

—Traje el Bingo a La Habana por recomendación de Harry Smith regente del famoso Pricess Ann Hotel de Toronto. Sabía de su atracción en el Beverly Hills Club de Cleveland, Ohio y en el West Virginia Country Club, pero nunca pensé de su resonancia impresionante en La Habana... Comenzó jugándose únicamente los viernes: dos semanas más tarde, lunes miércoles y viernes; por fin a mediados de octubre se convirtió en motivo diario del cabaret.

Pasear la vista indiscreta por el salón congestionado, basta para comprender las manifestaciones emotivas que produce el Bingo. No se está ante un pasatiempo vulgar e ingenuo, sino frente a un juego de salón con aficionados que al pregón monótono de las bolas se sumen en una histeria, rara mezcla de superstición, avaricia y frivolidad.

No hay el tipo único de jugador de Bingo. Baste una mirada, —la muchacha que defiende como su honra el cartón, de la vista ajena para salvarse del "mal de ojo", el caballero avaricioso que busca el éxito seguro comprando cuatro tableros, la vedette supersticiosa que prefiere poner su cartón en el suelo por entender que mejora su suerte, la señora de sociedad que produce un rugido estentóreo cuando le falta una bola para concluir, el chiquillo con vocación de

biógrafo que relata su suerte en el reverso del cartón a su adquirente de mañana— para percatarse que en la hora de juego el salón se transforma en interesante clínica de psiquiatría.

A oído se escuchan estos comentarios, en que se combinan sentimientos y necesidades:

—Vine, porque tengo que "levantar alguna platica" para ponerle juguetes a los muchachos por Reyes.

—Nunca gano, pero me entretengo mucho. Siempre doy suerte en la mesa que me siento.

—Es la única manera de poderme enredar con un "cola de pato".

—Al Bingo, gano más que Manolo vendiendo televisores.

—Vengo todas las noches y tengo reservados de antemano siempre los mismos cartones.

—Yo soy muy "salao" y por eso traigo a mi hijita para que juegue por mí.

A poco, vista y cerebro, estarán sin distinción concentradas en el tablerillo mágico. Todos vivirán la tensión excitante, abrumadora, terrible, de todas las noches, a la par que el locutor persistirá en su cántico insoportable. Súbito, se producirá el estallido convulso y mientras se disipan emociones y esperanzas, retumbará la inflamada garganta del triunfador de la velada:

—¡Bingo!, ¡Bingo!, ¡Bingo!

B

4

10

¡BINGO! ¡BINGO!...

con una oferta tentadora, —\$4,000 por \$2 en Cuba— en torno de una ruleta o de una máquina tragañuel, a un público ingenuo entusiasmado por una lotería de sabor doméstico.

—Es un negocio que no tiene necesariamente que dejar utilidades. El único juego en que la casa puede perder, —confiesa con franqueza plena un avieso dealer conocedor de los rejuegos del tapete al reportero de BOHEMIA.

El Bingo nació en Estados Unidos como hechizo de salones y hoy se juega hasta en los templos. Ni aún los cuáqueros intransigentes lo catalogan como perversión abominable, sino como diversión sana, sin artimañas encubiertas. Tanto en las salas de vicio como en las tómbolas de beneficencia, el Bingo siempre cumple su velada misión de atraer multitudes.

Su introductor en Cuba, no tiene a menos revelar los propósitos ciertos del pasatempo que ahora enloquece a La Habana:

—El Bingo no es un negocio lucrativo; por el contrario a veces deja pérdidas. Su intención entre nosotros es traer a la clientela al cabaret a las nueve de la noche y conseguir el favor del público casero para que se juegue unos pesos en el salón. Siempre se aumentan los ingresos...



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA